

«EL CRISTIANO DEL SIGLO XXI SERÁ MÍSTICO O NO SERÁ»

Introducción

Hemos llegado al final de este seminario en el que hemos querido reflexionar sobre los desafíos que se le presentan a la Iglesia cincuenta años después del concilio Vaticano II. A lo largo de las distintas sesiones hemos ido viendo cómo la doctrina conciliar puede continuar arrojando luz sobre temas tan actuales como la necesaria participación de los laicos en la vida de la Iglesia a todos los niveles; el modo de entender el compromiso cristiano en una sociedad secular y pluralista; o la problemática todavía no resuelta de la igualdad de derechos y oportunidades entre varones y mujeres... Ahora, y sin pretender agotar el catálogo de desafíos que se le plantean a nuestra Iglesia en esta era postconciliar, nos quedaría por tratar un tema tan actual como el de la espiritualidad del cristiano de nuestro tiempo.

No cabe duda de que en este punto nos encontramos con el problema decisivo del concilio, puesto que la preocupación principal que motivó su convocatoria no fue simplemente la de mejorar la imagen de la Iglesia o la de popularizar la liturgia haciéndola más accesible a los fieles, sino sobre todo de la suscitar una vivencia más auténtica de la fe en los cristianos. ¡Esto es la espiritualidad!¹.

Pues bien, hoy podemos preguntarnos: ¿qué tipo de cristiano pensó el concilio para el futuro? ¿Respondemos nosotros a ese ideal? ¿Cómo podemos vivir nuestra fe de manera que resultemos cristianos más auténticos y, en consecuencia, más creíbles en nuestro mundo? Para tratar de responder a estas preguntas procederemos fundamentalmente en dos momentos. En el primero, trataremos de identificar los principales retos y dificultades que se presentan actualmente al cristiano que se decide a tomar en serio su espiritualidad. En el segundo, acudiremos a la espiritualidad, a la mística, del propio Jesús, que continúa siendo para nosotros el modelo y la norma de nuestro modo de relacionarnos con Dios.

1. El cristiano actual como “místico”

Cuando el Vaticano II perfila su modelo de cristiano no lo hace acudiendo a modelos sociológicos o jurídicos, sino fundamentalmente teológicos. El cristiano es fundamentalmente un miembro del pueblo de Dios (*Lumen Gentium*), cuya vida, centrada en la escucha de su Palabra (*Dei Verbum*) y en la celebración de sus misterios (*Sacrosanctum concilium*), está llamada a transformar este mundo como anticipo del reino futuro (*Gaudium et spes*).

Así podrían resumirse los cuatro documentos principales del concilio en lo que a la vida del cristiano se refiere; aunque nosotros todavía lo podríamos resumir de un modo más escueto, diciendo simplemente que, para el Vaticano II, **el cristiano del**

¹ En efecto, si la teología se puede definir como la fe “pensada” (cf. A. CORDOVILLA, *El ejercicio de la teología*, 28), bien podría decirse que la espiritualidad es la fe “vivida”, es decir, es decir el despliegue vivencial de la fe abarcando la totalidad del ser del creyente, desde lo más exterior (estilo de vida) hasta lo más profundo (lo que llamamos el espíritu).

futuro está llamado a ser básicamente una persona de experiencia; es decir, alguien para quien la fe es una realidad conscientemente vivida y no meramente practicada.

Por eso Karl Rahner, en el inmediato postconcilio, subrayaba ya la dimensión que él llamó “mística” como el distintivo del cristiano del futuro. Recordemos esas palabras suyas que se han hecho tan célebres:

el cristiano del futuro o será un “místico”, es decir, una persona que ha “experimentado” algo, o no será cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personales².

Por desgracia no han faltado quienes han hecho un uso “ideológico” de las palabras de Rahner, pretendiendo que el cristiano “místico” debe ser un cristiano dedicado casi exclusivamente a la vida de piedad y despreocupado de los asuntos del mundo. Pero esto no deja de ser una caricatura del místico, que no responde ni a la experiencia histórica de la Iglesia (podríamos pensar, por ejemplo, en figuras como la madre Teresa de Calcuta, cuya dimensión mística nadie discute); ni a la misma doctrina del concilio, para el cual, como hemos dicho arriba, la inserción del cristiano en el mundo y la conciencia de su misión en él son constitutivas de su espiritualidad.

Para Rahner, como queda claro en sus palabras, “**mística**” **equivale aquí a experiencia personal de la fe**, frente a la mera adquisición, vía cultural, de unos conocimientos o unas tradiciones. Y es que, en 1966, Rahner comenzaba a vislumbrar lo que hoy es ya una realidad: que nos toca ser cristianos en un mundo globalizado y en una sociedad multicultural que ya no transmite automáticamente la cosmovisión cristiana como única interpretación de la vida y de la cultura. Hoy, ante la proliferación de ofertas religiosas y de sentido, si se llega a ser cristiano —o si nos mantenemos en la fe— sólo puede ser en virtud de una experiencia de encuentro con Jesús, de una conversión personal, de una decisión fundamental de vida y no por una simple herencia cultural. Y en este sentido, es cierto que el cristiano actual debe ser un místico, porque, de no ser así, o acaba por abandonar la práctica religiosa, o se limita a hacer de ella una cuestión de urbanidad, o acaba por crearse una espiritualidad sincretista tomando lo que más le gusta de todas las propuestas que se le ofrecen en el actual supermercado religioso.

He aquí los grandes retos para la espiritualidad del cristiano en nuestro tiempo: **experiencia, autenticidad, testimonio...** Pero ¿en qué consiste más concretamente esta dimensión mística de la fe cristiana? ¿Cómo podemos ponerla en práctica en el día a día de nuestra fe? Para responder, lo mejor será que nos fijemos en el propio Jesús y en la manera como él, que es el modelo y el fundamento de nuestra espiritualidad cristiana, vivió su relación con Dios en medio y al servicio de los hombres. De su mística podremos aprender nosotros cómo ser cristianos y místicos en medio de nuestro mundo³.

² K. RAHNER, «Espiritualidad antigua y actual», 25.

³ Dejamos de lado el debate sobre si Jesús puede ser considerado propiamente un místico (sobre todo si se le compara con personajes de la antigüedad como Plotino); o sobre si “mística” es la mejor categoría para referirnos a la fe cristiana, cuyo fundamento no es una búsqueda del hombre sino la revelación de Dios. Sobre esto se puede ver O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristianismo y mística*, 15-178; o también J. VIDAL TALÉNS, «Mística y fe», 94-105.

2. La mística de Jesús⁴

2.1. Una mística filial: el «abbá»

En el evangelio vemos que Jesús se expresa y actúa desde la conciencia de encontrarse en una relación con Dios muy singular; una relación de cercanía, de intimidad y de confianza tal, que Jesús experimenta a Dios como padre suyo de un modo muy particular, exclusivo y absolutamente original; de un modo como nadie antes que él lo ha experimentado y que se expresa magníficamente en la invocación *abbá* (Mc 14,36)⁵.

Jesús vive, por tanto, su relación con Dios desde la conciencia humana de ser el Hijo (cf. Mt 11, 27; Mc 13,32); más aún, de ser el Hijo amado (cf. Mc 12,6). Y esto marca decisivamente su experiencia espiritual y aparece en los evangelios como el fundamento de su pretensión de autoridad (cf. Jn 5,36-37; 15,15b; por citar solo dos ejemplos de este tema que es recurrente en el cuarto evangelio).

Pero, ¿cuáles serían los rasgos de esta mística filial de Jesús que están llamados a configurar toda mística que aspire a ser auténticamente cristiana? Resumámoslos fundamentalmente en tres:

- La filiación de Jesús supone a la vez comunión y alteridad con Dios, además en grado máximo. Comunión, porque no cabe mayor cercanía a Dios que la del Hijo unigénito⁶; alteridad, porque, al dirigirse a Dios como *abbá*, Jesús se relaciona con él en clave personal (mejor, en clave filial), situándose ante él como ante un *Tú*; o sea, ante alguien distinto de sí mismo, ante alguien que es realmente otro (*alter*) y no una mera proyección de sí. Así podemos entender que un rasgo capital e ineludible de la mística cristiana será el de **incluir y salvaguardar siempre la alteridad**, tanto de Dios como del creyente, por intensa que podamos pensar la unión que se alcance entre ambos. Dios siempre será el Tú del hombre, sin dejarse confundir con una especie de energía cósmica; de modo que, en cristiano, la experiencia mística nunca consistirá en una fusión despersonalizadora del yo en el abismo del ser (o de la nada).
- Por otra lado, la mística filial de Jesús incluye también una **complicidad** absoluta con los planes de Dios, que se resuelve en una **obediencia** total y en una clara conciencia de sentirse enviado para una **misión** (valga como ejemplo Jn 14,31). Del mismo modo, la mística cristiana es una mística de la misión, del sentirse enviado, del saberse más uno mismo (más centrado), cuanto más obediente (cuanto más des-centrado). Y esto no por voluntarismo sino por la intensidad de la amistad con Jesús y la apertura a su Espíritu que es quien dinamiza nuestro ser filial.

⁴ Para todo este apartado sigo a G. URÍBARRI, *La mística de Jesús*, 123-259.

⁵ Sobre la importancia de este modo de dirigirse a Dios para penetrar en el misterio de la persona de Jesús puede verse el estudio ya clásico de J. JEREMÍAS, *Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1981.

⁶ El evangelio de Juan lo expresa diciendo que el Hijo está «en el seno del Padre» (Jn 1,18) o también hablando de su comunión en el amor, la vida o la gloria (cf. Jn 5,20.21; 10,30; 17,5 entre otros); mientras que la teología posterior expresará esta misma idea de la cercanía inefable entre el Padre y el Hijo diciendo que ambos comparten la misma y única esencia divina.

- Por último, como consecuencia de esa sintonía con el Padre, la mística filial —como vemos en Jesús, especialmente en su trato con los pecadores— es una **mística de la compasión y del perdón**. No nos aísla en un reducto de pureza des-encarnada (espiritualismo) ni tampoco nos vuelve indiferentes al sufrimiento, ni al propio ni al de nuestro mundo (*apathéia*). Precisamente este está siendo uno de los grandes acentos del pontificado del papa Francisco, quien nos está recordando que la espiritualidad cristiana no es auténtica ni sana ni creíble, si no se manifiesta en gestos de compasión y de misericordia (*Misericordiae vultus*).

2.2. *Una mística orante: el padrenuestro*

Uno de los datos fundamentales que nos han transmitido los evangelistas de Jesús es el de su oración. Tanto es así, que este dato no sólo ha interesado a autores espirituales, sino también a los teólogos, que han visto en la dimensión orante de Jesús uno de los mejores accesos al misterio de su persona⁷.

A nosotros no nos interesa ahora hacer un análisis detallado de todos los pasajes evangélicos en los que se nos habla de la oración de Jesús ni tampoco desarrollar todas sus implicaciones teológicas, sino ver cómo el modo de orar de Jesús puede iluminar la mística cristiana. Y para ello quizá nada mejor que centrarnos en la que es considerada la oración de Jesús por excelencia, el padrenuestro, que es además la oración con la que él mismo enseñó a orar a sus discípulos. Dejemos de lado toda la cuestión, muy interesante por otro lado, de la estructura de la oración⁸ y quedemos simplemente con este dato: **Jesús enseña a rezar a sus discípulos pidiendo**, porque el padrenuestro es básicamente una oración de petición⁹. Y esto tiene algunas consecuencias importantes para la mística cristiana:

- En primer lugar, y redundando en lo que ya hemos apuntado al hablar de la filiación, hemos de insistir en que la mística cristiana es esencialmente dialógica; porque **la petición es diálogo, nunca monólogo**. Pedimos a otro, no a nosotros mismos. Por eso, en la espiritualidad cristiana, el ejercicio de entrar en nuestro interior nunca nos lleva a una introspección solipsista, sino dialógica; es decir, al encuentro con aquel que es más íntimo que nuestra propia intimidad (*intimior intimo meo*)¹⁰. Más aún,

⁷ Esta es, por ejemplo, la tesis que sostiene Benedicto XVI en la introducción del primer volumen de su obra *Jesús de Nazaret*: que no es posible comprender a Jesús (su persona, su doctrina, su actuación y su pasión), si no es desde su oración, ya que ésta nos abre al misterio de su existencia filial (cf. J. RATZINGER, *Obras completas*. VI/1: *Jesús de Nazaret. Escritos de cristología*, BAC, Madrid 2015, 111). Aunque, antes de él, ya había desarrollado esta tesis el exégeta belga Ignace de la Potterie, en el precioso estudio, además muy espiritual: I. DE LA POTTERIE, *La oración de Jesús*, PPC, Madrid 1999.

⁸ Sobre esto pueden verse dos monografías sobre el Padrenuestro que se han convertido en auténticos clásicos de la literatura teológica: H. SCHÜRMAN, *Das gebet des Herrn*, Herder, Friburgo 1981⁴ (original, 1955); W. MARCHEL, *Abba, Père! La prière du Christ et des chrétiens*, Pontificio Istituto Biblico, Roma 1971. En español se puede consultar J. POUILLY, *Dios, nuestro Padre. La revelación de Dios Padre y el «Padrenuestro»*, Cuadernos Bíblicos 68, Verbo divino, Estella (Navarra) 1999³.

⁹ De hecho consiste en una encadenación de peticiones (siete en la versión de Mt) que se articulan en peticiones «tú» (que recogen sobre todo el sentir y el deseo de Jesús) y peticiones «nosotros» (más propias de los discípulos) (cf. G. URÍBARRI, *La mística de Jesús*, 151-167).

¹⁰ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* III 6, 11.

incluso la búsqueda del silencio tiene esta finalidad dialógica, porque no se trata del silencio por el silencio, sino del silencio para la escucha.

- En segundo lugar, lejos de buscar silenciar nuestros deseos (como en otras místicas para las que “el deseo es la fuente del sufrimiento”), el padrenuestro «**nos enseña a alinear nuestro deseo con el de Dios**, a desear intensamente como Dios»¹¹; o sea, a desear el fin de las injusticias, de la pobreza, del hambre, de los rencores, etc. y a luchar por conseguirlo confiando en la acción de Dios. Luego, del deseo brota la acción, por lo que, en la mística cristiana, la oración nos injerta de lleno en la historia.
- En tercer lugar, el padrenuestro es una **oración vocal y sencilla**, al alcance de todos. No es elitista, porque no requiere una capacidad extraordinaria de vaciar la mente o una determinada flexibilidad corporal, aunque estas cosas puedan ayudar a la oración. No exige apuntarse a una determinada escuela de meditación. Todos podemos pedir, porque todos estamos necesitados de un modo u otro... Y esta oración sintoniza con los anhelos más profundos del ser humano.

2.3. *Una mística al servicio del Reino de Dios*

Este sería el tercer rasgo de la mística de Jesús, ya que el anuncio de la llegada de ese reino aparece como el eje transversal de toda su actividad: desde el inicio de su predicación hasta la última cena, la víspera misma de su pasión. Sus parábolas son como la “narración” (¡no el anuncio!) de ese reino que *ya* está llegando con él; y sus milagros (curaciones y exorcismos) son el signo de la presencia actuante de ese Dios que *ya* está reinando en el mundo a través de él.

Así pues, en relación con el reino de Dios, la mística de Jesús —que es la norma de la mística cristiana, no lo olvidemos— se nos presenta con tres características principales:

- Es una **mística servicial**, porque la instauración del reino por parte de Jesús no acontece mediante actitudes de dominio, sino mediante la asunción por su parte del rol del siervo. No es, pues, una mística del poder, sino del servicio (cf. Mc 10,45; Lc 22,27; Jn 13,14).
- Es una **mística “con palabra”**, y esto lo ponen bien de manifiesto las parábolas. Lo cual supone una gran novedad frente a otras experiencias místicas, donde lo que prima es la ausencia total de palabras, conceptos, etc.; o bien, la propuesta de una sabiduría sólo para iniciados, críptica o escondida. La de Jesús, en cambio, es una sabiduría comprensible accesible a los más sencillos (cf. Mt 11,25), una mística de la vida cotidiana, donde ésta es elevada a parábola del actuar salvífico y presente de Dios.
- Por último, es una **mística del seguimiento**, porque al reino anunciado e instaurado por Jesús se accede entrando a formar parte del grupo de sus discípulos y eligiendo vivir una vida y un destino como el suyo; con lo

¹¹ G. URÍBARRI, *La mística de Jesús*, 168. En el fondo este es el sentido último de la oración de petición, que tan denostada ha sido actualmente incluso desde algunos sectores de la teología contemporánea. Cf., por ejemplo, A. TORRES QUEIRUGA, *Recuperar la creación. Por una religión humanizadora*, Sal Terrae, Santander 1997³, 247-273.

cual la mística del seguimiento, lejos de ser algo puramente individual o solitario, **nos aboca a la vida comunitaria**, al grupo de los que comparten una misma fe y se esfuerzan por vivir según el estilo del evangelio; es decir, nos aboca a la Iglesia.

Y de aquí podemos sacar algunas conclusiones sobre el modo como el cristiano está llamado a ser místico en nuestros días. En primer lugar, si la mística de Jesús es una mística servicial, el cristiano que aspire a vivir con autenticidad la mística de Jesús deberá caracterizarse por su compromiso con el mundo y con los anhelos y sufrimientos de los hombres de nuestro tiempo. Ese compromiso es la mejor forma de servir a quien nos pidió cargar los unos con las cargas de los otros (cf. Gál 6,2; Rom 15,1-3).

En segundo lugar, si la mística del reino anunciado por Jesús no es una mística muda sino con palabras, entonces el cristiano también tendrá que caracterizarse por su palabra (*creí por eso hablé*: cf. 2 Cor 4,13), que unas veces se expresará en forma de testimonio; otras, como denuncia. Lo que no sería cristiano es una espiritualidad del silencio absoluto o del apofatismo radical. Y quizá este sea uno de los aspectos que más se echan de menos en el mundo actual: la presencia pública de una palabra de los cristianos, su visión de los problemas del mundo, su propuesta de sentido para los hombres y mujeres de hoy.

En tercer lugar, si el mensaje del Reino implica una mística del seguimiento de Jesús en el grupo de sus discípulos, resulta evidente que toda mística que aspire a ser auténticamente cristiana debe estar centrada en Jesús y ser vivida eclesialmente. No es pensable que Jesús comparta con sus discípulos su espiritualidad sobre el reino, quedándose él al margen, como si sólo hubiera sido para nosotros una escalera para llegar a la altura deseada y prescindible una vez alcanzada aquella. Desgraciadamente así lo han entendido algunas teologías actuales persiguiendo un determinado modo de diálogo con el pluralismo religioso actual. Jesús sería una manifestación más de la divinidad, representaría un camino entre otros muchos de acceso a Dios, pero no el definitivo. Pero los discípulos nunca lo entendieron así, al menos tal y como nos lo presenta el NT, y por eso, desde el principio, Jesús aparece junto a Dios tanto como destinatario de las profesiones de fe de la Iglesia primitiva como de sus plegarias (1 Cor 8,6; Rom 16,25-27; Ef 3,14-21; Jn 17,3; etc.).

Así pues, la mística cristiana incluye la centralidad de Jesús en la vivencia espiritual; más aún, Jesús ocupa de hecho un puesto central permanente en la relación del cristiano con Dios¹². Y al hablar de la significación irrenunciable de Jesús para la mística cristiana, nos estamos refiriendo al ser humano concreto que vivió en Palestina y murió en Jerusalén, con todo ese coeficiente de concreción e historicidad que sigue resultando tan escandaloso, pero que nosotros no podemos diluir en un simple símbolo,

¹² De lo contrario siempre estaremos abocados a caer en la que ha sido una tentación permanente de la mística cristiana, la tentación que podríamos llamar “platonizante”, que consiste en renegar de la creación. La centralidad de la humanidad de Jesús en la espiritualidad cristiana nos previene de ello. Sobre esto se puede ver K. RAHNER, «Eterna significación de la humanidad de Jesús para nuestra relación con Dios», en ID., *Escritos de Teología* III, Taurus, Madrid 1961, 47-59; J. ALFARO, «Cristo glorioso, revelador del Padre», en ID., *Cristología y antropología. Temas teológicos actuales*, Cristiandad, Madrid 1973, 141-182, especialmente 169: «Cristo es constitutivamente revelador del Padre, pero no lo revela plena y perfectamente hasta que en la resurrección su humanidad alcanza el estado glorioso, en que resplandecerá y se manifestará plenamente su carácter del Verbo eterno del Padre, entonces en la visión de su gloria tendrán los hombres conglorificados la visión del Padre: revelándose plenamente, Cristo revelará plenamente al Padre».

“lo crístico”, como aparece en algunas espiritualidades contemporáneas que pretenden seguir llamándose cristianas¹³. Vale aquí, en definitiva, la afirmación de Gabino Uríbarri: «si Jesús no ocupa el centro, como Él mismo hace llamando a seguirle, no estamos en el ámbito de la mística cristiana»¹⁴.

Pero además, como ya hemos dicho, la centralidad de Jesús une a sus discípulos en una nueva comunidad de vida y de seguimiento¹⁵. De modo que no es posible seguir a Jesús por libre o individualmente, sino en grupo y fraternalmente, o por mejor decir, eclesialmente; donde la Iglesia se entiende como la familia que integra a quienes se esfuerzan por seguir a Jesús en su camino de docilidad y aceptación de la voluntad del Padre, incluso hasta la cruz. «Por eso, —podemos concluir con Uríbarri—, una comprensión de la espiritualidad cristiana furibundamente anti-eclesial o simplemente a-eclesial últimamente ha perdido en algún momento su raíz jesuánica, que posee un porte y fuste comunitario tremendo»¹⁶.

2.4. *Una mística combativa: afrontar el conflicto*

Hemos visto en el apartado anterior cómo la mística de Jesús se desarrolla en el horizonte de su dedicación total a la causa del reino de Dios. Pero esta dedicación de Jesús no estuvo ni mucho menos exenta de dificultades y de obstáculos. Al revés por ser fiel a su misión, ésa que él sentía haber recibido del Padre, Jesús se vio constantemente enfrentado a conflictos con las autoridades de su pueblo, especialmente con los fariseos (la ley) y los saduceos (el templo); conflictos que finalmente desembocaron en su condena a muerte. Ahora bien, si esto es un dato clarísimo de los evangelios, no lo es menos, especialmente en el evangelio de Juan, que Jesús siempre afronta esos conflictos desde la conciencia de su unión con el Padre y de la fidelidad de éste al mandato que el Padre le dio.

¿Qué podemos deducir de esto, para una mejor comprensión de la espiritualidad cristiana actual?

En primer lugar, que, al contrario que otras propuestas espirituales, la mística cristiana no persigue a toda costa y como primer objetivo el logro del bienestar interior o de la satisfacción emocional. Tampoco es que busque obsesivamente lo contrario: el sufrimiento por el sufrimiento (en clave masoquista) o el conflicto por el conflicto (como si cristiano fuera el que se opone sistemáticamente a todo lo secular/mundano). No. Simplemente queremos decir que la espiritualidad cristiana es tremendamente realista y sabe que su propuesta de sentido siempre tendrá algo de contra-cultural, lo cual hará que con frecuencia se encuentre con la oposición del mundo. Y el cristiano debe ser consciente de ello, sin dejarse arrebatar la paz: *En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo* (Jn 16,33)¹⁷.

¹³ Cf., por ejemplo, J. MELLONI, *El Cristo interior*, Herder, Barcelona 2010, 128-130, donde parece querer afirmarse que Jesús es la encarnación histórica de “lo crístico”, aunque sin agotarlo, como si lo crístico pudiera darse *más allá* de Jesús.

¹⁴ G. URÍBARRI, *La mística de Jesús*, 187.

¹⁵ “Nueva” con respecto a la comunidad anterior como, por ejemplo, la familia (cf. Mt 12,48-50; Lc 14,26).

¹⁶ G. URÍBARRI, *La mística de Jesús*, 189.

¹⁷ Sobre el modo de afrontar los conflictos tomando como referencia la experiencia bíblica puede verse A. GRÜN, *Resolver conflictos. Cómo manejar situaciones difíciles*, Sal Terrae, Santander 2015.

En segundo lugar, como cristianos hemos de ser conscientes de que, en un mundo donde proliferan tantas imágenes de Dios o de lo divino y donde se ofertan tantas propuestas de espiritualidad, todas no pueden ser igualmente válidas; lo cual nos aleja de un irenismo ingenuo o de un fácil concordismo entre las religiones y sus respectivas espiritualidades y místicas. El cristiano siempre tendrá que denunciar que hay algunas espiritualidades que claramente no son dignas, no digo ya de Dios, sino del hombre¹⁸; porque atentan contra él, legitimando la violencia o la desigualdad, en lugar de contribuir a una mayor humanización de la sociedad y del ser humano¹⁹, que es, al final, a lo que debería tender toda espiritualidad verdadera: hacernos mejores personas, más fraternos, solidarios y auténticos.

Por no hablar, en último lugar, de que la fidelidad al Dios de Jesucristo siempre nos impedirá aceptar como absolutos el Estado, o el mercado, o el pensamiento de la mayoría, u otras tantas instancias que actualmente, en nuestras sociedades desarrolladas y secularizadas, reivindican para sí un lugar cuasi-divino. Y en este sentido el cristiano, si es auténtico, si de verdad ha tenido una experiencia fuerte del Dios divino, el Dios de Jesucristo; en definitiva, si es verdaderamente un místico, el cristiano siempre resultará molesto al mundo, porque siempre representará una instancia crítica frente a sus pretensiones de dominio y frente a su voluntad de poder²⁰.

2.5. *Una mística pascual: la entrega sin reservas y el júbilo del triunfo*

Hemos visto como la espiritualidad de Jesús está marcada por la conciencia de su condición filial (alimentada en la oración constante) y por su actitud de servicio a la causa del reino que el Padre le ha confiado (que él vive incluso en un clima de fuerte oposición). Pues bien, tomados en serio, estos dos aspectos de la mística de Jesús, la filiación y el servicio, conducen inexorablemente al sacrificio. Y Jesús parece consciente de ello, al asumir en su ministerio el rol del siervo sufriente.

En nuestros oídos actuales esto puede sonar casi a herejía, porque nos hemos acostumbrados a huir de todo lo que implique renuncia, esfuerzo o sacrificio. Pero si nos atenemos al testimonio de Jesús, está claro que —como ha dicho algún autor— sin sacrificio no hay cristianismo; entre otras cosas porque tampoco hay amor sin sacrificio. Ahora bien, esto no significa que todo en la fe cristiana sea sacrificio, abnegación o renuncia; sólo que si estas cosas nunca ocupan un lugar en nuestra espiritualidad, posiblemente estaremos practicando otra religión o siguiendo a otro Señor distinto del que entregó su vida en rescate por muchos.

Así pues, si queremos ser cristianos de experiencia y no sólo de costumbre, debemos estar abiertos a la participación en el único sacrificio de Cristo en nuestra vida,

¹⁸ Cf. J. VIDAL TALÉNS, *Un Déu digne de l'home*, Saó, València 1995.

¹⁹ En el fondo, con el proceso de hominización no está completo todavía el ser humano. Éste debe humanizarse en su vida creciendo en solidaridad, compasión y misericordia hacia sus semejantes. Para esta diferenciación entre humanización y hominización se puede ver la obra del pensador alemán H. ROMBACH, *El hombre humanizado. Antropología estructural*, Herder, Barcelona 2004.

²⁰ En efecto, en la medida en que haya llegado a identificarse con Cristo y su existir por los demás y no para sí, se podría decir de cada cristiano en particular, lo que Heinrich Schlier afirma sobre la Iglesia; a saber, que mediante su actividad «pone al mundo en presencia de su fin, es decir, frente al cese liberador de su poder despótico; este final es el “por nosotros” de Jesucristo, el cual nos da una nueva base y nos exige optar por Dios y por Cristo» (cf. H. SCHLIER, «Eclesiología del Nuevo Testamento», en J. FEINER – M. LÖHRER, *Mysterium Salutis*. IV/1: *La Iglesia: el acontecimiento salvífico en la comunidad cristiana*, Cristiandad, Madrid 1984², 222-223).

sabiendo que, como en el caso de Jesús, el sacrificio no termina en la muerte, sino en la resurrección, que aparece así como la confirmación por parte de Dios de la mística de Jesús. El cristiano, cuya fe no es solo costumbre sino convicción profunda y relación viva con el Señor, vive en medio de sus problemas y sufrimientos con la fortaleza y la alegría profundas que le vienen del impulso interior del Espíritu, que resucitó a Jesús y que nos resucitará también a nosotros.

Este carácter pascual de la mística cristiana aparece magistralmente resumido por Jesús en su famoso dicho sobre el grano de trigo que, sepultado en la tierra, produce fruto abundante (Jn 12,24). Aquí se pone de relieve que «el camino hacia Dios y la unión con Él se verifican en la entrega, en el don, en la misericordia, en el servicio, en el desprendimiento, en el amor que lleva a la obediencia. Así se da fruto. Así se imita a Dios, que nos dio a su Hijo y, muriendo, dio Vida para la vida del mundo»²¹.

3. A modo de conclusión

Al llegar al final de nuestra exposición parece claro que el cristiano del siglo XXI, quizá más que el de otras épocas, está llamado a serlo por experiencia más que por costumbre; por una experiencia de conversión (es decir de decisión personal y consciente por Cristo) y por una vivencia fuerte y eclesial de la fe.

Es quizá lo mínimo que se puede pedir a alguien que en estos momentos, en los que la oferta religiosa y espiritual aparece tan variada y tan variopinta, se decida a ser cristiano: que su decisión de seguir a Jesús esté motivada por haber experimentado en sí mismos que la propuesta del evangelio continúa siendo atractiva para el hombre de hoy, proporcionándole sentido y bienestar. Yo creo que la mística cristiana sigue teniendo grandes valores que pueden continuar haciéndola atractiva incluso para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que tan de vuelta parecen estar de todo lo que suene a cristianismo.

El primero es la inserción en el mundo, en sus problemas, en sus retos, en sus desafíos. Esto es algo que el concilio nos recordó, especialmente en *Gaudium et spes*, proponiéndonos a Cristo en su humanidad como modelo de lo humano. Para el cristiano ser un místico no significa pasar por esta vida, la propia y la de la sociedad en la que vive, sobrevolándola, sin rozarla y sin dejarse tocar por ella, sino todo lo contrario. Valdría la pena recordar aquí, aplicándolo a cada uno de nosotros, lo que el papa Francisco decía a la Iglesia en general en su exhortación *Evangelii Gaudium*: «prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades» (EG 49). Así pues, estamos llamados a ser místicos en el mundo, en nuestro trabajo, en nuestra familia, haciendo que nuestra vida ilumine y dé sentido a todos los que nos rodean. En definitiva, la auténtica mística cristiana no se deja encerrar en la caricatura del santo encerrado en sus rezos y temeroso del contacto con los hombres.

Y, en relación con esta dimensión “encarnatoria” de la mística cristiana estaría, para mí, su segundo gran valor en el gran supermercado de ofertas espirituales que la actualidad nos ofrece. Sería su carácter profundamente realista, que la hace capaz de asumir la vida humana en toda su complejidad, con sus luces pero también con sus sombras, sin intentar escapar de ella ni por la anulación del deseo, ni por la fusión del yo personal en el gran océano del Todo. La mística cristiana, por ser un camino de

²¹ G. URÍBARRI, *La mística de Jesús*, 258.

configuración con el Crucificado y Resucitado, nos posibilita vivir el misterio del sufrimiento y del dolor sin negarlo ni rebajarlo, pero tampoco aceptándolo sin más como un mal necesario que debemos soportar. No. Lo acepta desde la confianza en el poder transformador del amor, que actúa por el Espíritu que habita en nosotros, y que es capaz de volver fecundo lo que a nuestros ojos carece de todo sentido.

Por último, un tercer valor de la mística cristiana, que puede resultar altamente atractivo para nuestros contemporáneos, es su afirmación de la libertad. De hecho, después de la exaltación de la libertad llevada a cabo por la modernidad (como superación de toda autoridad) y acentuada todavía más por la posmodernidad (como negación de toda dependencia), en la actualidad asistimos a un cierto pesimismo con respecto a ella. Somos más conscientes de nuestro sometimiento a los dictados del pensamiento único, de la influencia de distintas superestructuras en nuestro modo de vivir, o incluso del determinismo de los procesos bioquímicos que se desarrollan en nuestro cerebro a la hora de tomar decisiones que antes creíamos totalmente espontáneas. ¿Podemos seguir considerándonos libres o la libertad es solamente una ilusión más de las muchas que el progreso ha hecho caer? La espiritualidad cristiana apuesta decididamente por la libertad, entendida como el distintivo de los hijos de Dios, de los que siguen a Cristo y de quienes se dejan guiar por el Espíritu Santo. En este sentido, la libertad cristiana implica un dinamismo de verdadera divinización; de modo que se presenta como el camino para alcanzar el anhelo más profundo del ser humano: ser como Dios; sólo que ya no desde el intento de suplantar su lugar, sino más bien desde la docilidad a su Espíritu.

Mariano Ruiz Campos

Bibliografía²²

- BALTHASAR, H.U. VON, *La oración contemplativa*, Encuentro, Madrid 1985.
- CORDOVILLA, A., *Crisis de Dios y crisis de fe. Volver a lo esencial*, Sal Terrae, Santander 2012, 85-108.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristianismo y mística*, Trotta, Madrid 2015.
- GUARDINI, R., *Experiencia religiosa y fe*, BAC, Madrid 2016.
- *RAHNER, K., «Espiritualidad antigua y actual», en ID., *Escritos de Teología VII*, Taurus, Madrid 1969, 13-35.
- *URÍBARRI, G., *La mística de Jesús. Desafío y propuesta*, Sal Terrae, Santander 2017.
- *VIDAL TALÉNS, J., «Mística y fe. Las experiencias místicas y la experiencia creyente de la revelación de Dios en la historia de Israel y en la de Jesús», *Teología Espiritual* 60 (2016) 93-138.

²² Señalo con un * las obras en las que me he basado para esta exposición. Las otras, aunque no las he usado directamente, creo que también resultan interesantes y pueden arrojar luz sobre el tema.